

CAPÍTULO

10

Complejidad, universidad y libertad

Fabián Sanabria¹

Correo electrónico: sanabria.fabian@gmail.com

Unaquaeque res, quatenus in se est, in suo esse perseverare conatur
(B. Spinoza, Ética, VI: III)²

Si hay algo necesario para la Universidad en tiempos globales, es la concientización sobre la incertidumbre que pesa sobre ella, así como las contradicciones entre sus luces y sombras, razones y deseos, ideales y deber ser, misiones y visiones, que la someten a presiones endógenas y exógenas. En el mundo actual es inconsistente persistir en un sentido único de la Historia, y a veces por nostalgia de lo absoluto se le echa la culpa al mercado de todo cuanto ocurre, constituyendo a éste como pensamiento único, tanto por parte de quienes se benefician de él como por aquellos que no pueden hacerlo y sufren los vaivenes de no poder enfrentarlo. Así, surge una de las contradicciones recaídas sobre la Universidad, llegándose a vislumbrar una pérdida de horizonte.

Pero primero, hay algo importante de señalar: que la Universidad es hija de tres instituciones ampliamente conservadoras: la Familia, la Iglesia y el Estado... Sí, la

1 Antropólogo, doctor en Sociología de l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París. Actualmente se desempeña como decano de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, donde dirige el Grupo de Estudios de las Subjetividades y Creencias Contemporáneas (GESCCO).

2 Todo ser, en cuanto es, se esfuerza por perseverar en su ser (traducción personal).

Universidad es conservadora. Y la paradoja: si existe una institución progresista, es la Universidad. Total, ella representa el contraste entre la tradición y la modernidad.

Una de las funciones de la producción cultural radica en el papel clasificador de “modos de sentir, pensar y actuar” de individuos y grupos de éstos, lo cual orienta y a veces determina un cierto “orden” en las relaciones sociales. En esa perspectiva, algunos estudiosos de las culturas hablan de gramáticas o matrices sociales, generadoras de comportamientos permitidos, prohibidos u obligatorios, que se convierten en códigos incorporados (diversificadores de prácticas), garantes del sentido social. Así, el lenguaje común suele oponer orden a desorden, sin reconocer que el primero es arbitrario y depende de contextos y momentos determinados, además de poder surgir del segundo —por eso hoy abundan quienes pretenden imponer la realización de un “nuevo orden mundial”, olvidando que la Historia ha demostrado una duración relativamente corta de los órdenes que la han conformado, sin ser posible mantener una ideología totalitaria *per sécula seculórum*—. De modo que el orden no necesariamente se instaaura expulsando al desorden por la puerta, pues éste regresa por la ventana y vuelve a instalarse en el centro de lo social, como los virus, que se hacen cada vez más resistentes a los antibióticos, sino *reconociendo* su relato complementario: un cierto desorden “nocturno” (similar a los jardines “a la inglesa”), a pesar del ordenamiento “diurno” del mundo y sus especies.

En realidad, día y noche, orden y desorden, son diversidad de una misma especificidad: las figuras de lo “esencialmente polémico” se oponen radicalmente al semantismo de las tinieblas, las cuales se complementan con la “vocación nocturna de unir”, de atenuar las diferencias, de *sutilizar lo negativo por la negación misma*. Toda “caída” puede convertirse en descenso, la masticación en deglución, las tinieblas suavizarse en noche, la materia en madre, y las tumbas en moradas bienaventuradas y cunas. De la misma forma que en el lenguaje de los místicos referirse a la carne reviste una semántica de la salvación y es un mismo verbo el que expresa el pecado y la redención, reconocer y diferenciar el pasaje entre orden y desorden tiende a la “armonización”, a conservar los contrarios a fin de sentir un impulso para partir “en busca del tiempo perdido” y recobrarlo.

Sin embargo, tanto órdenes como des-órdenes suelen presentarse y representarse de diversas maneras. En alguna medida, ambos participan del mismo “juego de máscaras”.

¿Y es que detrás de esas máscaras hay algo?

Por lo pronto hay que aprehender la palabra máscara en su acepción etimológica: personalidad.

Es decir, olvidar todo voluntarismo trascendental que pretenda encontrar detrás al “verdadero yo”, al “aliento de lo infinito”, al “instante eterno”, y encarar directamente los rostros maquillados tanto de las “fórmulas bien formadas” del orden como los de las “fórmulas mal formadas” del des-orden. De suerte que, es necesario pensar el mundo y la vida social como algo complejo y contradictorio, especialmente al presentir el “recalentamiento” de lo que los teóricos de la modernidad han dado en llamar “tradicción de lo nuevo”: la pérdida de influencia (credibilidad) de las instituciones sociales, la racionalización (tecnocómica) de las prácticas socioculturales, y la ficción de un “sujeto” relativamente autónomo —características ideal-típicas que se diluyen en *no lugares* de sobreabundantes tiempos, espacios y referencias individuales de las sociedades contemporáneas— (Augé, 2000).

Ahora bien, las múltiples presentaciones y representaciones de la vida social se condensan normalmente en “cuadros colectivos de la memoria” que suelen ser productores, reproductores o consumidores de conciencia e imaginación. El problema surge cuando esos cuadros se descomponen y no alcanzan a retroalimentar al presente consciente ni al futuro imaginado, disolviéndose entre múltiples voces estereotipadas que sólo reconstruyen “migajas” del sentido social (Halbwachs, 1994 [1925]). Allí el movimiento de la complejidad alcanza su máximo punto, y vale la pena preguntarse si la radical exclusión entre orden y desorden impide la claridad de ambos registros, trastocando el uno en otro, indiscriminadamente. Es algo así como si un soñador de tanto soñar se perdiera en sus sueños y, al despertar, creyera seguir soñando sin disponerse a asumir con lucidez la diferencia entre el “campo onírico” y el “campo de la vigilia”. Dicho de otra manera, es como si las múltiples identidades del yo no alcanzaran a diferenciar las innumerables alteridades de los otros, confundiendo el todo con la parte o, peor aún, creyendo reconocer seres entre sombras cuando sólo se tiene al frente “reflejos engañosos de presencias”. Dos ejemplos actuales de ello: el cuarto oscuro de los lugares acondicionados “para bailar solo en medio de la multitud” y, el “draguar” o “chatear” para “tener sexo instantáneo” a través de Internet.

Pero dejando de lado esos ejemplos, quiero conectar tres términos en este relato: complejidad-universidad-libertad. El centro, por supuesto (en realidad no debería ser sólo evidente para quienes nos preocupamos por la “vida universitaria”) es la Academia: “matriz de conservación y de cambio”. Y deseo referirme a esas tres palabras, construyendo una suerte de “relación de equivalencia”, citando, si se me permite, a tres maestros —para fortuna nuestra—, rectores de universidades: Miguel de Unamuno, Antanas Mockus-Civickas y Guillermo Páramo-Rocha.

Algunos “principios de incertidumbre”

Una de las obras más lúcidas de la filosofía es el ensayo *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*. En esa obra, don Miguel de Unamuno, el mismo rector de la universidad que condenara el grito de “¡Viva la muerte!” en el *alma máter* de Salamanca —cuya máxima consigna era “¡Viva la vida!”—, ante una protesta de estudiantes maldijo a quienes se atrevieron a pervertir a través de una proclamación en favor de la muerte el espacio sagrado de la Universidad... Ese mismo filósofo, que se reconocía escéptico y desesperado, supo replantear con el mayor vitalismo el problema complejo de la razón y el sentimiento humanos. Don Miguel de Unamuno afirmó que en el hombre y la mujer (de carne y hueso) operan dos realidades contradictorias: la cabeza y el corazón, o si se quiere, la razón y el sentimiento. Y la razón nos produce “verdad”, mientras que el sentimiento nos consuela, radicando el mayor problema en que la razón no alcanza a hacer de su verdad consuelo, y el sentimiento no logra que su consuelo sea verdad (por ejemplo, si a usted se le muere el ser que más quiere, la razón le dice que jamás volverá a ver a ese ser...; en cambio, el sentimiento le dice que puede volver a verlo algún día: en ese caso, la “verdad” de la razón es mortal, mientras que la “mentira” del corazón es vital —y allí valdría la pena preguntarse si las “mentiras vitales” son más verdaderas y válidas que las “verdades mortales”...)—. No obstante, decía que ese es un problema o, mejor, un terrible dilema:

—A quién le hacemos caso: ¿a la razón o al corazón?

En esa duda meditabunda y, tal vez, peripatética, de por quién me inclino: si por la razón o por el sentimiento, se llega al colmo de la razón que se llama escepticismo, y, como todo dilema es siempre pendular, también se llega al colmo del sentimiento, que se llama desesperación.

—Pero, ¿qué hacer con el colmo de la razón y con el colmo del corazón? En vez de que esos dos colmos del colmo de la vida choquen y estallen..., paradójicamente —dice don Miguel de Unamuno—, surge una fuente inagotable de verdad y de consuelo: la suprema incertidumbre (¿y qué tal que sí?).

Pues bien, me parece que si algo es propio de la Universidad (que repito, está en el centro de nuestro relato) es “introducir principios de incertidumbre”. Principios de incertidumbre a partir de su mente y su corazón, de sus razones y sus sentimientos, de sus escepticismos y desesperaciones. En particular, cumpliendo a cabalidad con sus funciones de producción científico-artística, mediación social y recreación de conocimientos, en un marco de autonomía, ligada a una tradición, en pro de las conquistas fundamentales del espíritu.

De manera que la misión de la Universidad no es aprender por aprender sino aprender a aprender. Ella no debe quizá solucionar problemas sino problematizar, no tanto formar para el mercado laboral sino para laborar en un mundo capaz de “gobernar lo global desde lo local”. Así, autonomía y Universidad son sinónimos, específicamente en la medida en que la institución académica sea capaz de crítica y autocontestación, así como de autodefensa. Porque ha sido necesario y seguirá siéndolo, defender la autonomía universitaria. En ese sentido, vale la pena señalar las intervenciones no sólo militares sino políticas y económicas a que han sido sometidas, en las últimas décadas, las universidades latinoamericanas. ... Bajo el pretexto de “restaurar el orden”, algunas han sido despojadas del autogobierno técnico, administrativo y docente, y otras, tratado de salvar un modelo de “democracia interna”, el cual consiste en constituir una comunidad relativamente autónoma entre quienes enseñan, aprenden e investigan, a través de formas de gobierno participativo cuyo mayor riesgo suelen ser los “populismos democráticos”, en los que se tratan de articular “claustros y colegiaturas” supuestamente representativos.

No debe olvidarse que el siglo XX se inició con la “entrada atrasada en una modernidad” por culpa de los “patrioterismos” y “populismos” registrados a lo largo y ancho de América Latina. La fuerza de la Historia y su dinámica de desarrollo nos introdujo en una confrontación Este-Oeste que obligó a la gran “metrópoli” del Norte a “apretarle el cinturón” a las sociedades “premodernas” latinoamericanas, creando la Alianza para el Progreso, la cual buscó en la educación una cierta modernización de las estructuras socioeconómicas, llevando a cabo una “contrarrevolución” preventiva, cuya urgencia principal fue la implementación de tecnologías educativas. Se implantaron una serie de políticas socioeconómicas como *panaceas* contra el subdesarrollo. Implementando el plan ATCON, que fue impulsado por las multinacionales del capital AID (Agencia Interamericana de Desarrollo), el BID (Banco Interamericano de Desarrollo) y, políticamente, a través de la OEA (Organización de Estados Americanos), se lograron ampliamente los objetivos propuestos; en la Universidad se buscó una progresiva desmovilización y despolitización mediante tres líneas de trabajo: modernización, expansión del gasto público y aumento de matrículas (con lo cual se legitimó al Estado, se formaron cuadros prioritarios de desarrollo y se posibilitó el ascenso social por medio de la educación superior, instaurando una ideología de “élite”). Pero en los últimos años, con el surgimiento del “libre mercado” y la caída de los regímenes “socialistas”, la Universidad latinoamericana colapsó ante el agotamiento del modelo de “desarrollo” y el Estado “redentor” no pudo garantizar ni la generación de empleos ni la creación de nuevas oportunidades laborales. En América Latina se desequilibraron definitivamente la oferta y la demanda de profesionales calificados —al caer la imagen de movilidad y ascenso social se produjo como consecuencia un altísimo nivel de competitividad—, la ideología neoliberal restringió el gasto

social limitando el financiamiento de la Universidad estatal así como su desarrollo y, hoy día, se le exige a la educación superior una reforma urgente en términos de viabilidad y pertinencia con respecto al mundo científico y tecnológico.

¿Qué hacer, entonces, frente a un panorama más bien escéptico y desesperado con relación a la vida de la Universidad?

Algunas tareas prioritarias deben al menos enunciarse:

- 1) Es urgente definir y diferenciar prioridades nacionales, necesidades sociales y proyecciones en educación superior.
- 2) Es necesario redefinir las relaciones entre Estado y sociedad, entre Universidad y sociedad, y entre economía y educación.
- 3) Es perentorio reorientar las funciones del Estado: ni Estado benefactor, ni Estado sometido exclusivamente a la lógica del mercado. ¿Será posible pensar un Estado evaluador o, más aún, promotor?
- 4) Es indispensable crear una política cultural moderna, a partir de una mentalidad de participación ciudadana.
- 5) Es apremiante generar nuevos dispositivos para la producción y adecuación de conocimientos; establecer circuitos de cooperación, nacionales e internacionales, capaces de modificar las prácticas pedagógicas anquilosadas.
- 6) Es forzoso inventar un sistema de finanzas con fuerte énfasis en la inversión y contratación del sector privado que beneficie a la Universidad pública.
- 7) Es preciso elevar la calidad de la enseñanza universitaria y redefinir el papel de las profesiones fortaleciendo proyectos culturales e investigativos de amplio alcance.
- 8) Es ineludible pensar la heterogeneidad y la pluriculturalidad como prototipos de formación cultural.

El campo académico como una “cadena alimentaria”

Hace quince años, conocí a Antanas Mockus, en una tarde soleada, cuando se disponía a dialogar con los últimos primíparos de la Universidad Nacional de Colombia, entre los cuales me contaba. Nos cruzamos en la escalera rumbo al salón de conferencias del auditorio donde tiempo después él firmara su salto definitivo al “campo político”, en el momento en el cual sacudía uno de sus zapatos Gambinelli para liberarse de la piedrita seguramente atrapada en el camino, desde el parqueadero de la torre de enfermería, donde lo había dejado el viejo Ford amarillo que, saltando de hueco en hueco, servía de vehículo a los vicerrectores académicos, hasta el sitio dónde lo esperábamos, ansiosos, los “debutantes”. Antes de iniciar su charla se quitó la chaqueta y la corbata manifestando su cansancio con el nuevo uniforme que debía portar para no incomodar al doctor Mosquera,

quien lo había elegido como “brazo derecho” para hacer por la universidad lo que el señor rector no podía, pues estaba todo el tiempo ocupado en juntas muy importantes con sus asesores de imagen preparando el lema de su campaña política para el Senado; luego, afirmó, prefería más bien burlarse del poder, pues sencillamente no le interesaba, que cuán ingenuos eran los hombres dispuestos a hacer cuanto fuera necesario por un pedacito de prestigio: “ojalá ustedes nunca caigan en esa trampa, pues suele ser una desbocada carrera de la que ningún participante se salva”, bueno. Iba a hablarnos de la Universidad como la conjunción de una institución comunitaria matriz de conservación y de cambio, suficientemente capaz de contribuir al mundo del trabajo y a la urgente problemática del desarrollo de nuevas formas y métodos de producción, a la modernización del Estado y de la administración en general, a la conquista de la democracia para que los intereses afloren y los conflictos se asuman en un ambiente de cordialidad... y nos echó el “rollo” de la acción comunicativa de Habermas, proclamando que en medio del desacuerdo ha de mantenerse una actitud cooperativa, compartiendo un presupuesto de confianza radical para que la discusión sea conducente.

Sostuvo que quien se compromete con la tradición escrita está obligado a reconocer cómo la obra de la humanidad desborda de lejos los logros de los individuos aislados y debe estar dispuesto a considerarse a sí mismo a la luz de esa obra. Nos leyó el *Testamento* de Galileo, agregando: “que la informática no suprime la escritura sino, por el contrario, desarrolla casi al infinito su lógica procedimental y sus posibilidades de disponer y controlar muchos procesos reales”: exhibió su nueva agenda electrónica argumentando la probabilidad de que en Colombia no sólo subsista sino predomine en casi todas las profesiones un vasto sector académico sin lograr convertirse en productor de investigación sino en consumidor asiduo de los resultados de ésta; reconoció en su exposición un exacerbado voluntarismo pedagógico, pero le parecía razonable proponer un mínimo de honestidad para no propagar la mentira cotidiana, aclarando que el mundo académico debía tratar de multiplicar las posibilidades críticas y transformadoras del discurso a través del cultivo de criterios y tradiciones desde las cuales pudiera orientar una permanente ampliación de lo posible, apoyando el cambio en sus principios de solidaridad hasta producir una intelectualidad diferenciada de otros sectores sociales, relativamente autónoma frente a los poderes económicos y políticos —empezó a jugar con una perinola y se bebió toda la botella de Colombiana que le habían puesto (ese día había racionamiento de agua)—, concluyendo, sofocado, que la misión de la Universidad y de sus hijos consiste en “saber ser fieles a sí mismos”.

Sin ánimo de ironizar, el recuerdo de ese primer contacto con Antanas Mockus me suscita una manera más bien polémica de pensar el “campo académico” (Bourdieu, 1984). Imaginemos una “cadena alimentaria” o espacio de relaciones objetivas entre las posiciones adquiridas por los participantes en el espacio de juego de

una “competencia” que tiene por objeto la conquista de una cierta autoridad, definida en tanto “capacidad técnica” y “poder social” o, si se prefiere, en cuanto “monopolio” de la producción educativa, entendida en el sentido de capacidad de hablar y actuar legítimamente, que le es socialmente reconocida a un agente determinado gracias a su participación en el “sistema educativo”, sin olvidar que la educación es el lugar de una lucha desigual entre agentes desigualmente dotados de “capital específico”, es decir, desiguales en la medida de apropiarse el “producto” del trabajo académico (y, también, en ciertos casos, los beneficios externos tales como las gratificaciones económicas o propiamente políticas) que producen, con su colaboración objetiva, los competidores, que hacen posible el conjunto de los medios de producción educativa disponibles, y teniendo en cuenta que en el “campo académico” se oponen con fuerzas a sí mismo desiguales —según la estructura de la distribución del capital propio de este campo—, los productores (los cuales ocupan las posiciones “dominantes” en la estructura de la distribución del capital académico), y los reproductores o consumidores (es decir, los “dominados” o “debutantes”), quienes pueden poseer un potencial de capital mucho más importante (en valor absoluto) si los recursos acumulados en el campo son más relevantes...

Evidentemente, es el campo el que asigna a cada agente sus estrategias según la posición de cada quien en una estructura y también según las variables secundarias, como la trayectoria social, que ordena la evaluación de las oportunidades: así, los “reproductores o consumidores” pueden encontrarse orientados hacia los “puestos seguros” de las estrategias de sucesión (dispuestos para garantizar al final de una carrera previsible los beneficios prometidos a quienes realizan el “ideal oficial” del sistema pagando el precio de hacer sólo innovaciones en los límites autorizados), o hacia estrategias de “subversión” —puestos infinitamente más costosos y arriesgados que no pueden asegurar los mismos beneficios prometidos a los “detentores del monopolio de la legitimidad académica” sino solamente pagando el precio de una redefinición completa de los principios de legitimación de la “dominación”: los debutantes que rechazan las carreras trazadas no pueden “vencer a los dominantes en su propio juego” sino a condición de multiplicar sus adquisiciones propiamente académicas, sin poder esperar de ellas beneficios importantes, al menos a corto término, pues tienen contra sí toda la lógica del sistema... Explicitando así las “reglas de juego” del campo académico, podríamos cuestionar, al menos para la Universidad, el modelo ideal-típico de la “acción comunicativa”.

Consistencias e inconsistencias universitarias

El tercer rector que tengo el honor de evocar aquí, es el profesor Guillermo Páramo-Rocha, quien hace unos años entregó al Consejo de Educación Superior (CESU), el resultado de una magnífica investigación para “pensar las universidades”. En su

trabajo, el profesor Páramo nos invita a reflexionar sobre dos modelos de “creador intelectual”: uno, a la Wolfgang Amadeus Mozart, y otro, al estilo del señor de Saint Colombe. Para ello, el profesor Páramo se basa en dos películas: *Amadeus*, del director Milos Forman; y *Todas las mañanas del mundo*, basada en la obra del escritor francés Pascal Quiñard.

Inicialmente, Guillermo Páramo nos recuerda el “escándalo” que produjo la producción de Forman sobre Mozart, pues el público y la crítica lo acusaron, palabras más o menos, de “haber olvidado la magia de la música... concentrándose más bien en una biografía que, en realidad, poco importa a quienes siglos después escuchamos al genio de Salzburgo”. Sin embargo, el profesor Páramo enfatiza cómo ese mismo reproche de la crítica cinematográfica está ya contenido en la película: el director logró muy bien personificar a Salieri, el contemporáneo de Mozart, quien, habiendo consagrado todo —su vida, su castidad, su pobreza, a Dios—, para que se le concediera “el don de la música”... Dios lo único que le concedió fue el “don de reconocer la música de Mozart”...

En efecto, la película de Forman comienza con una confesión, con el susurro de un secreto, y, en esa confesión se muestra cómo Salieri reniega de Dios y decide “escupir un crucifijo” porque le negó lo que más quería, prefiriendo dárselo a “una creatura sencillamente repugnante” (se burlaba de todo el mundo, su risa era grotesca, hacía conjuros y seguramente practicaba un buen número de “maleficios”): a Wolfgang Amadeus Mozart. En realidad, ese reclamo, esa rabia del “hijo que se queda en la casa paterna” contra su hermano “pródigo”, es la misma efusión de rechazo que produjo la película *Amadeus*, basada en el drama de Puskin sobre Mozart. Y allí nos encontramos, según Guillermo Páramo, con un modelo de creador, con una estructura de Universidad: la pintura de William Hogarth de la “carrera del libertino”, la *débauche* de todos los universitarios del mundo a lo largo y ancho de la Historia, las “fórmulas aparentemente mal formadas” de quienes están llamados a crear y no son consecuentes con sus obras.

La segunda película también empieza con otra confesión: Marain Marais admite haberse “vendido a la corte”, traicionando a su maestro, al señor de Saint Colombe, quien consagró la música de su viola de gamba a Dios y decidió llevar una vida austera en el bosque durante *Todas las mañanas del mundo*... Allí el profesor Páramo nos evoca la pintura de La Tour y Caravaggio: esos fondos oscuros sólo iluminados por una lámpara, similares a la vida monástica que congregara a los sabios de Port Royal. Por supuesto, en este segundo modelo de creador, en esa segunda estructura de Universidad, hay una consecuencia casi perfecta entre las vidas y las obras de quienes se dedican al mundo intelectual, una armonía perfecta que pareciera rayar en lo ilusorio, el extremo ideal hacia el cual puede también “girar” el universitario...

Evidentemente, entre los dos modelos “extremos”, el de la Wolfgang Amadeus Mozart y el modelo al estilo del señor de Saint Colombe, existen toda clase de posibilidades intermedias. Así como en el “campo académico” hay productores, reproductores, consumidores y descomponedores... igualmente en las universidades abundan (el profesor Páramo hizo un excelente recorrido por la picaresca europea pensando las universidades) los Salieri, los Marain Marais y toda clase de actores intermedios, hasta encontrar de cuando en cuando algún Mozart (que podría ser un Heidegger, por ejemplo), y por qué no, algún... (se me ocurre, en el campo de la antropología moderna, citar el nombre de Claude Lévi-Strauss)... Y bueno, ahí desembocamos, recordando el bello trabajo del profesor Páramo, en un océano que puede ser calmado o anunciar “cumbres borrascosas”: el mar de la Universidad. Ojalá sepamos que no podemos sumergirnos desnudos, pero debemos entrar en él desvestidos...

Bibliografía

Auge, Marc. (2000). *Fictions fin de siècle*, Paris: Seuil.

Balandier, George. (1994). *Le dédale. Pour en finir avec le XXème siècle*, Paris: Fayard.

Bourdieu, Pierre (1984). *Homo academicus*. Paris: Minuit.

_____. (1997). *Méditations pascaliennes*, Paris: Seuil.

Charle, Christopher. (1994). *La république des universités*, Paris: Seuil.

_____. (1994). *Histoire des universités*. Paris: PUF.

Halbwachs, Maurice. (1994). *Les cadres sociaux de la mémoire*, Paris: Albin Michel.

Lowy, Michael. (1996). *The War of Gods. Religion and politics in Latin America*, London: Verso.

Mockus, Antanas. (2000). *Pensar la Universidad*, Medellín: Eafit.

Sanabria, Fabián. (2000). “Consideraciones sociohistóricas para una crítica de la reproducción educativa en Colombia”, en revista *LOGOS*, núm. 5, Bogotá: Universidad de la Salle.

_____. (2003). “Una lección sobre la lección sociológica de Pierre Bourdieu”, en revista *Virajes*, vol. II, núm. 1, Manizales: Universidad de Caldas.

_____. (2003). “La cadena alimentaria de la educación en Colombia. Una perspectiva crítica”, en revista *Educación y Pedagogía*, vol. XV, núm. 37, Medellín: Universidad de Antioquia.

Wittgenstein, Ludwig. (1965). *De la certitude*, Paris: Gallimard.



INVESTIGACIÓN E INNOVACIÓN

Seminario internacional “Bordieu, educación y pedagogía”

Fruto de una profunda preocupación por la educación distrital, el IDEP, con la participación de más de 800 maestros, desarrolló en Bogotá el Seminario Internacional “*Bourdieu, educación y pedagogía*”, con el apoyo de la Embajada de Francia y de las universidades La Salle, Distrital y la Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD).

El Seminario buscó la cualificación de docentes e investigadores de Bogotá, teniendo cuenta avances de la sociología crítica aplicada a la investigación en el campo de la educación, desde las experiencias de varios países en el enriquecimiento de los procesos pedagógicos que se desarrollan en las aulas de clase.

En este diálogo intercultural y social mediado por el campo de la educación, se escucharon las experiencias de reconocidos investigadores nacionales e internacionales que, desde sus análisis de Pierre Bourdieu, y fruto de sus investigaciones, sugieren una lectura profunda del tema. Este libro recoge estos importantes documentos, con el fin de difundir entre la comunidad académica los aportes de los discípulos de Pierre Bourdieu.



ISBN : 978-958-8066-68-4



9789588066684